

Errázuriz, de don Domingo Amunátegui, de don Ricardo E. Latcham, de don Francisco Encina, etc.

Tratándose de un país nuevo y de una literatura en formación, fueron siempre estimulantes las palabras de Omer Emeth al juzgar escritores jóvenes. En tal sentido, debemos reconocer que fué uno de los primeros en Chile que alentó y apreció en su justo valer la labor de Mariano Latorre. Omer Emeth dijo que antes que nada un escritor debía inspirarse en la realidad y el alma de su país, y no calcar servilmente las obras extranjeras. Igual actitud adoptó con los libros de Edwards Bello, Marta Brunet, Federico Gana, Baldomero Lillo y otros. A Eduardo Barrios le dedicó también varios juicios laudatorios y lo consideró como uno de los mejores estilistas, aun cuando le hizo reparos por el desenlace de la novela «El Hermano Asno», que encontró fuera de toda lógica.

Plausible ha sido la iniciativa de recoger en volumen la labor crítica de Omer Emeth y esperamos que se complete en nuevos tomos, a fin de que ninguna manifestación escrita de este espíritu superior se pierda.—M. R.


<https://doi.org/10.29393/At195-16CPWE10016>

CANTO PERDIDO.—Poemas de *Wáshington Espejo*. Nascimento, 1941

Pudiera decirse que *Wáshington Espejo* es el poeta de la sencillez. El verso le nace claro, limpio, con esa transparencia del agua que brota en la montaña. Su canto aéreo y musical, tiene la espontaneidad risueña de las flores que crecen en libertad, ofreciendo generosas la gracia de sus colores y el sutil encanto de su aroma, como el regalo de la naturaleza que no sabe de artificios ni de las complicaciones que inventa el cerebro de los hombres.

Al leer estos versos ágiles, flúidos, como una fácil corrien-

te iluminada por el sol, diríase que el poeta viril siempre en estado de euforia, poseído por el dulce encantamiento de ir por el mundo sin temor a asechanzas, ni acicateado por enfermedades torturas. Un optimismo sano y confiado resplandece en sus estrofas. Es como un niño bueno que cree fervorosamente en la virtud de la esperanza, en el milagro de la ilusión, en la maravilla eterna del amor. Sin apartarse de los moldes clásicos, conservando ese perfume antiguo de pureza, hay sin embargo en él, sin alarde, la expresión de una sensibilidad moderna para alzar el vuelo.

Es el poeta nato. El poeta que canta como los pájaros que lanzan sus trinos porque sienten la necesidad de hacerlo, impulsados por una prístina condición de su existencia. De ahí la espontaneidad fluyente que hay en la producción poética de Espejo. Sentimos en él, la sensación total de un alma que no se puede desfigurar, que no puede usar fórmulas de alquimia literaria. Su temperamento es suave, soñador, idealista. Dice únicamente lo que está sintiendo; aquello que late en su sensibilidad como una melodía que jamás adquiere el tono de la violencia, de la desesperada exaltación. El mismo lo dice:

Mis versos no son míos. Yo tan solo
soy el que los escucha y los escribe.
La inspiración... es ella la que siente
el placer de crear en vida triste
como es la mía, por no darme todo
a oirla, a oirla... enamorado y libre.

Es su verdad. Y la proclama sin ambages. Leyendo sus composiciones, comprobamos la sinceridad de esta confesión en la manera de darle formas a su arte. Y como en todo hombre sensible, Espejo saca de su corazón, lo mejor que hay en él, por medio de la emoción que lo lleva por un camino de belleza. Sabe encontrar el secreto de la eufonía, y posee un fino don

pictórico que le permite crear el ambiente, con una manera muy personal, ayudado por un completo conocimiento del idioma. No es Wáshington Espejo el poeta que se conforma con que el verso no diga nada, ni se entienda la idea que encierra. Tiene un concepto clásico del arte y lo aplica en sus creaciones con saludable y tranquila honradez:

Busca la poesía, la blandura
y la fina pureza del idioma,
como busca en su vuelo la paloma
un jardín, una selva, una llanura.

Después, tímida y frágil... ya fulgura
y el temblor de sus alas no se asoma;
precisa un marco delicado, y toma
del verso musical la vestidura.

Así, en la gracia rítmica del traje,
nace la estrofa pura y luminosa:
luz de emoción, prendida en el celaje;

la música hace al alma misteriosa...
y el verso en el sonido... es el mensaje
que escribe el corazón sobre una rosa.

Es emoción sin artificios. Eterna como la voz de la naturaleza. Es posible que haya muchas personas que desdeñen esta clase de poesía influídos por fórmulas ultra modernistas. Pero también son muchos los que sienten el deleite de oír el canto de un pájaro, el rumor del viento, la nota insistente, grave y misteriosa de un estero que cruza el bosque. Y eso es poesía. La misma que ha emocionado al hombre a través de miles de años de sensibilidad y de amor a lo bello.—LUIS DURAND.

